

De Annual a Fontainebleau, a través de las palabras del Padre Revilla

IV

La personalidad de Abd-el-Krim

LOS RIESGOS DEL CAMINO.—EL CAOS AFRICANO

EL otoño es en Madrid la más bella estación del año, y para gozar de las delicias del otoño en las primeras horas de la tarde, ningún lugar tan apacible como el Parque del Oeste. En él refugiamos nuestras confianzas el fraile y yo; confianzas que dejamos interrumpidas ayer en el Retiro, en el histórico momento en que el fraile diplomata sale de Melilla y se pierde en el caos africano, en busca de Abd-el-Krim.

—Caminar, como lo hice yo—comienza diciéndome el fraile aviador—, desde Melilla hasta el cerrado laberinto del territorio de Beni Urriaguel, a pie y sin dinero, burlando la vigilancia de los españoles, de los franceses y de los moros, en el más grave período de su excitación, en plena rebeldía, es un prodigio de resistencia, que no hubiera podido nunca realizarse a no haber sido por el auxilio providencial que desde que puse los pies en Africa parecía presidir todos los actos de mi vida.

—¿Tan arriesgado es lo que usted hizo?

—Quien conozca lo abrupto del campo marroquí; cualquier español de los que hicieron el servicio militar en el 21 o en el 22, o simplemente en las etapas de pacificación de 1924, 1925, 1926 y 1927, ha de negar todo crédito a mis palabras, que yo, empero, sostengo por mi fe de caballero, de sacerdote y de fraile. Son infinidad de kilómetros saltando precipicios, bordeando ríos, escalando montañas, atravesando valles, a través de inmensas extensiones de terreno ocupadas por hordas salvajes y por ejércitos en pie de guerra, luchando contra el calor y el frío.



El cabecilla de la rebelión, Abd-el-Krim, con su padre, kaid de Beniurriaguel en aquella época

—¿Duro el clima de Africa?

—El ilustre mariscal Lyautéy, que durante tantos años fué representante de su país en la zona francesa del Protectorado, retrató gráficamente, y con media docena de palabras, el clima del Rif. «Marruecos—dijo—es un país con nueve meses de invierno frío y tres de invierno.»

—¿Era verdad?

—El Evangelio. Todo en aquel país, todo en la tierra por donde yo pasaba era inhospitalario, extremado, brusco: caos de montañas, sin líneas orográficas claramente definidas; arenales extensos, valles angostos, poblados de misera vegetación.

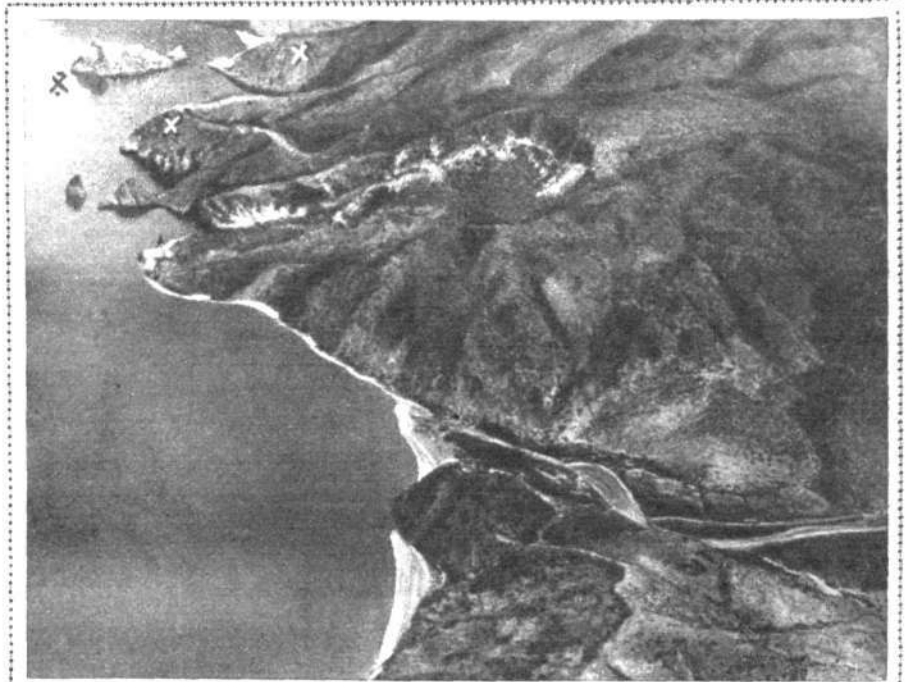
Un cayado en la mano y un criado moro, a quien gratifiqué con largueza para que me sirviera de guía, bastaron para mi intento. Sobre la parda cogulla, una chilaba. Bordeando el río Kert, recorrí toda la zona que había sido campo de agonía en las horas decisivas del desastre, y que fué recuperada definitivamente por nuestras tropas a fines de 1924; y burlando la vigilancia, por la posición de Alibú Rokba, penetré en la zona francesa.

—¿Encuentros desagradables con los moros?

—Los que me salieron al paso fueron vencidos con facilidad. Los moros del Rif, montañeses sobrios, duros, eternos guerradores de indomable valor, animados por las pasiones más violentas, son, por la confianza que en ellos mismos tienen depositada, excesivamente confiados. Caminando de noche como nosotros hacíamos, procurando soslayar los encuentros peligrosos, fingiéndome moro cuando lo precisaba, español, cuando me convenía, francés las más de las veces y fraile las menos, proseguí mi camino a lo largo de aquel país de carácter exótico, de leyendas atrayentes y de sol cegador, a que un providencial destino me había empujado.

—Le sigo a través de la tierra africana con el pensamiento. Continúe.

—El mayor peligro estaba en la fuerza de la Naturaleza misma. La diferencia de temperatura entre el día y la noche era, a veces, de quince a veinte grados. De madrugada, el frío nos ataría las carnes a mi compañero y a mí, hasta imposibilitarnos de todo movimiento. Unas horas más tarde, bajo el centelleo de sus rayos, nos asfixiaba el sol. Y de esta guisa, firme en el propósito que me había trazado antes de salir de Melilla, días y más días a través de aquellas afiladas montañas y de aquellas calvas llanuras, donde la agricultura apenas puede desarrollarse; cruzando extensas cabilas jamás sometidas a la autoridad de los sultanes, y mucho menos a europeas influencias civilizadoras,



Costa de Alhucemas y sitios (x) en que los beniurriagueles tenían emplazados sus cañones

—¿Cuánto tiempo tardó usted en realizar este tremendo recorrido?

—Cerca de un mes. Ya en pleno territorio de Beni Urriaguel, burlando la vigilancia de los Regulares rifeños, adentrándome valientemente por un terreno que los moros consideraban inviolable, bordeando el río Guis, me fui aproximando a Tensaman, cerca de Axdir, donde el caudillo africano había establecido su cuartel general.

—¿No le impresionaba la idea de que de allí a poco tendría usted que habérselas personalmente con Abd-el-Krim?

—Ya le dije a usted ayer que para el buen servicio de Dios, puesto en el terreno de los sacrificios, tanto me daba que me recluyeran en Axdir con el general Navarro, el coronel Araujo y demás prisioneros, que me asesinaran, o que, como en efecto sucedió, me permitieran regresar a España. Lo que me ocurrió es que, a medida que me aproximaba a la residencia del caudillo de los beniurriagueles, iba recordando todo cuanto sabía de su desconcertante y compleja personalidad.

LA INTERESANTE PERSONALIDAD DE ABD-EL-KRIM

—¿Conocía usted a Abd-el-Krim?—pregunto al monje burgalés.

—A través de las fotografías publicadas en la Prensa nada más. Personalmente no le había visto nunca. A casi todos los habitantes de Melilla les ocurría un curioso fenómeno con respecto al fundador de la pretendida República del Rif: todos le habían visto, mas nadie le conocía. Más claro: todos habían convivido con él durante largos años, sin que nadie hubiera descubierto bajo su chilaba al generalísimo de las hordas rifeñas, al futuro gran enemigo de España.

Sidi Abd-el-Krim Ben Mohamed el Jatabi —que traducido literalmente al castellano quiere decir «Señor, Siervo del Magnánimo», era hijo del cadí más prestigioso de Beniurriaguel.

—Continúe—digo al fraile, poniendo cada vez más atención en sus palabras.

